

1.2. Las cinco ideas modernas sometidas a examen

1ª. Todo texto literario es un objeto construido por un sujeto enunciador autónomo, poseedor de su propia verdad interior.

Vamos a irnos más allá de la Edad Media, ni más ni menos que a los orígenes de la tradición literaria occidental. Así comienza la *Iliada*:

Canta, diosa, de Aquiles el Pelida
ese resentimiento —¡que mal haya!—
que infligió a los aqueos mil dolores,
y muchas almas de héroes esforzados
precipitó al Hades,
y de sus cuerpos el botín hacía
de perros y de todas
las aves de rapiña,
y el designio de Zeus se iba cumpliendo
desde el primer momento
en que se separaron,
después de una disputa,
el Atrida, caudillo de guerreros,
y Aquiles que vástago es de Zeus.¹

¹ Homero, *Iliada* (Antonio López Eire, ed.), 4ª ed., Madrid, Cátedra, 1995, págs. 35-36.

Si nos preguntásemos quién narra la historia de la *Iliada*, probablemente nuestro primer impulso sería decir que Homero, un personaje del que en realidad no podemos ni siquiera afirmar categóricamente que existiese. Se nos escapa que el propio texto nos dice de alguna manera que la historia la cuenta la diosa (es decir, Calíope, musa de la poesía épica). Es ésta la que inspira la voz de lo que se canta, la que informa la memoria de los griegos arcaicos y les «sopla» la serie de narraciones orales que van sedimentando en ese texto que para nosotros, en su forma escrita y editada con sumo cuidado en contraste sus orígenes orales, es hoy la *Iliada*. Homero, en todo caso, no es quien crea la historia sino quien transcribe la voz de la diosa. Por raro que parezca a nuestros ojos de hoy, lo cierto es que para los griegos arcaicos la musa, la diosa, tiene una existencia objetiva.

No estamos diciendo, de todas formas, que para nosotros exista la subjetividad y para los griegos del periodo arcaico no; sí que las formas de subjetividad son históricas y no se han entendido siempre de la misma manera. Dicho de otro modo: hablamos de formas de subjetividad diferentes. El sujeto moderno podría definirse, a la manera kantiana, como un sujeto apriorístico, capaz de construir como objeto algo que no existe previamente de manera externa, sino tan sólo como intuición de su propia sensibilidad o de su propia interioridad (de ahí, por ejemplo, la idea tan extendida de que los autores de literatura se «expresan», es decir, sacan hacia fuera su propia verdad interior y la objetivan en forma de obra literaria, en un acto al que desde el Romanticismo llamamos «creación»). Por extraño que nos resulte, el modo de proceder de los autores medievales tiene poco que ver con esto, en tanto ellos parten de que todo cuanto puede aprehenderse ya existe de manera externa, ora sea –como veremos en breve– en forma de Libro de la Naturaleza, ora de Libro Sagrado. Antes que «creadores», pues, los autores medievales son glosadores hasta

el infinito del Libro en esa forma doble a la que nos acabamos de referir.

Fijémonos, por ejemplo, en esta cuaderna primera del *Libro de Apolonio*, que más adelante estudiaremos como exponente del «mester de clerecía»:

En el nombre de Dios e de Santa María,
si ellos me guiassen, estudiar querría
componer un romançe de nueua maestría
del buen rey Apolonio e de su cortesía.²

Esta encomienda a la divinidad, muy propia de los textos medievales, puede entenderse como un caso clásico del tópico de la *humilitas* que lleva al siervo a suplicar benevolencia a su Señor y a la Señora de todos los señores (la Virgen) antes de empezar a componer la obra. El autor no nos está diciendo que descubra nada nuevo, pues en verdad el *Libro de Apolonio*, como el resto de los poemas del «mester», se presentará como traslación a la lengua castellana de una serie de tradiciones centenarias y ya existentes en latín desde la Antigüedad tardía en torno a la leyenda del rey de Tiro. Su apelación a lo divino puede entenderse como petición de gracia del siervo a su Señor para glosar con acierto una obra ya existente. La imagen de la servidumbre está también en la cuaderna primera de la obra más importante del «mester», el *Libro de Alexandre*, que reza así:

Señores, si quisíeredes, mio serviçio prender,
querríavos de grado servir de mio mester:
deve, de lo que sabe, omne largo seer;
si non, podrié en culpa e en riepto caer.³

² *Libro de Apolonio* (Carmen Monedero, ed.), Madrid, Castalia, 1987, pág. 95.

³ *Libro de Alexandre* (Juan Casas Rigall, ed.), Madrid, Castalia, 2007, pág. 129.

Quien ostenta un saber tiene el deber de compartirlo con quiera servirse de él si no quiere acabar pecando o cometiendo un acto ilegítimo, dado que el saber, en última instancia, no viene de dentro sino de Dios. Una vez más estamos en una lógica completamente diferente a la que nosotros le asociamos hoy a la literatura.

Pero hay más en el *Libro de Alexandre*. Entre los signos extraordinarios que suceden en el nacimiento del príncipe Alejandro, futuro Alejandro Magno, se narran los siguientes, en una tradición en torno a la figura del emperador macedonio que aquí recogemos en castellano, pero que existió por toda Europa desde el latín hasta las distintas lenguas romances o germánicas:

En tierras de Egipto –en letras fue trobado–,
 fabló un corderuelo que era el día nado;
 parió una gallina un culebro irado.
 ¡Era por Alexandre tod'esto demostrado!

Aún avino ál en el su nacimiento:
 ¡fijos de altos condes naçieron más que çiento!;
 fueron pora servirlo todos de buen talento
 –en escripto yaz'esto: ¡sepades que non miento!–. [cc. 10-11]⁴

Aquí hay una serie de prodigios tales como un cordero hablando, una gallina que pare una culebra o el nacimiento, el mismo día que Alejandro, de más de cien hijos de condes que con el tiempo habrán de servirle. La cuestión es que nada de esto es fabulación o mera invención del autor; esto es, no es «creación» suya sino glosa de textos que ya existen y que son accesibles a quienes tienen un poso de cultura, de saber (que no otra cosa significa «clerecía»), que va más allá de los cantos de los juglares. Por eso lo que se narra tiene la garantía de

⁴ *Ibid.*, págs. 132-133.

figurar previamente en la escritura («en letras fue trobado») y de ser verdad por encontrarse en una fuente escrita («en escripto yaz'esto: ¡sepades que non miento!»). De nuevo estamos ante un autor que no se inventa nada, sino que «lee» una serie de tradiciones ya existentes para trasladarlas a una lengua romance que le permite compartir ese saber con su auditorio.

En resumen, la subjetividad literaria medieval no es la propia de ese sujeto enunciador autónomo que hoy damos inconscientemente por hecho en todo texto literario, sino una forma de la *humilitas* según la cual todo autor que enuncia un texto poético o «literario» es de alguna manera un siervo que glosa la Escritura o la tradición, las cuales existen siempre de manera previa y externa a él, y que ofrece su saber como servicio, dado que éste no se entiende como «verdad interior», sino como donación externa recibida del Creador. Se escribe, pues, para poner una nota al margen de una Escritura ya existente, pero no para «crear» nada de la nada (cosa que en esta lógica podría entenderse como pecado de soberbia, por cierto). Hay, así, un sentido del límite en la escritura medieval que es muy ajeno a nuestras concepciones actuales.

